

EL AMIGO DEL OBRERO

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros

Homenaje á Cristo Redentor y á su Augusto Vicario en las postrimerías del Siglo XIX

PRECIOS DE SUSCRICION

En la Capital (por mes) \$ 0.20
En campaña (semestres adelantados) 1.20

Las personas que tomen 10 suscripciones, recibirán 2 números de regalo, y así sucesivamente en la misma proporción.

REDACTORES

TOMAS G. CAMACHO Y LUIS PEDRO LENGUAS

APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION

CALLE MINAS NÚM. 240

PUNTOS DE SUSCRICION

Círculo Católico de Obreros, calle Minas 240; Despacho Parroquial de la Aguada y Confrería de la Catedral, Ituzalongo 173.

Rogamos á nuestros suscritores se sirvan dirigir las quejas á dichos puntos.

No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO, 26 DE NOVIEMBRE DE 1899

HOJAS SECAS.

En las relaciones sociales, el espíritu observador se encuentra ameno en un conjunto de prácticas y tendencias que no son hijas del espíritu cristiano, sino imitaciones serviles de las exageraciones paganas.

Nos sugieren estas líneas, entre muchas, la detestable costumbre de enviar coronas y más coronas á las casas mortuorias y el espectáculo hasta cierto punto risible de que hagan cabeza de duelo un buen número de carruajes con la capota descubierta donde se estiven aquellas y con lo cual se quiere desvirtuar hasta cierto punto el espíritu de compasión que debe reinar en un acto, por el solo, solemne y triste.

Ha llegado á tal punto la exageración en esta materia, que familias de recursos tan escasos se ven en ódios apuros para cumplir con el panadero y el carnicero, no dejan de hacer el sacrificio de diez, quince ó más pesos para rendir tributo á la moda y cumplir socialmente con la familia del difunto.

Las coronas acompañando al féretro y depositadas sobre la tumba del muerto, no dan por cierto otro resultado que llevar de satisfacción á los estultos que se pagan de la frivola satisfacción de que á su muerto querido le acompañe un número más ó menos grande de carruajes donde se ostenta ese tributo de la vanidad y al dueño de ellas, el haberse distinguido con la más grande ó más hermosa.

Para el alma del muerto, que es lo único que para un católico vale algo, para el alma del muerto repetimos, qué provecho le reportan esas flores cuyo perfume lleva el viento y que se tornarán mañana en un montón de hojas secas?

No es, por ventura, más cristiano depositar ante la tumba de un ser querido las hermosas flores de la oración, cuya fragancia no se extingue jamás, pues se eleva majestuosa hasta el trono de Dios, desde donde desciende en forma de bálsamo suave, refrigerio de dolores y tristezas?

Si la oración, es sin duda, la única flor que es dado depositar ante las tumbas, es la única que da consuelo al alma, la que conforta al que reza y alivia al que sufre.

Viene á nuestra memoria un hecho, que por lo edificante, pasamos á relatar.

Paseaba por su quinta una respetable matrona, rezaba el rosario, esa corona con que los católicos ceñimos día á día las sienes immaculadas de María; varias personas, obteniendo el permiso de hablarle, le pidieron su consentimiento para arrancar algunas flores que transformadas en coronas depositarían ante la tumba de sus muertos.

Entre compasiva é indignada ante la frivolidad de aquellos pobres espíritus, mostrándole su rosario les dijo: "Esta es la sola corona que deposito ante la tumba de mis muertos y estoy segura que me la agradecerán más que todas las flores del mundo. Haced vosotros lo mismo y algún día en la mansión de los justos, os mostraré reconocidos á mi consejo."

Es cierto, no hay ni puede haber otra flor que alivie las almas, que toque más la misericordia de Dios, que la flor de la penitencia y la oración.

Solo por espíritu de vanidad, jamás por afecto, se rinde tributo á tan detestable costumbre.

Los católicos estamos en la obligación de romper con esa práctica que, como hemos dicho, es esencialmente pagana, y adoptar, una vez por todas, forma más encuadrada con el espíritu de la Iglesia, de rendir tributo á la memoria de nuestros muertos.

El dinero que se ha de invertir en una corona, aplíquese en misas; las bellas oraciones que aprendidos de niños, broten de nuestros labios con todo el afecto de un corazón que quiere.

Esos actos esencialmente católicos, háganse saber por una escuela á la familia, el ser querido, y veremos entonces resucitar las costumbres de los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia y cuanta satisfacción y consuelo embarga los corazones.

¿Quién es más feliz?

Todos nos afanamos en esta vida persiguiendo un ideal común á todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios é ignorantes... la felicidad. Ten cierto como es que la felicidad es la suprema aspiración de todos, lo es también que en esta vida nadie alcanza ese supremo ideal que solo consigue el hombre cuando desentendado las felices ilusiones de felicidad ideal que se forja nuestro corazón en la tierra se descubre á la luz de la eternidad el único objeto y el único bien que puede llevar las infinitas aspiraciones de nuestra alma. Dios. Paréceme que acontece con la felicidad á que todos aspiramos lo que sucede con la perfección á que todos aspiramos. Así como nadie por todos llamados. Así como nadie por perfecto que nos parezca puede llegar á poseer en la tierra el mayor grado de perfección y el mayor cúmulo de perfecciones, porque el cami-

no de la perfección humana es interminable, como quiera que el tipo y modelo que se nos propone de perfección infinita es nada menos que el Padre Celestial, según las palabras de Jesucristo, *sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto*. Así también nadie por feliz que lo creamos puede llegar á conseguir en este mundo todos los bienes que constituyen nuestra suprema felicidad, porque esa cúmulo de todos los bienes sin mezcla de mal ninguno y sin temor de perderlos solo se encuentra en el bien infinito, Dios.

Pero así como la perfección de esta vida siendo relativa tiene sus grados, pudiendo siempre ser uno más perfecto que otro, de igual manera la felicidad que es también relativa tiene su más y su menos pudiendo también ser uno más feliz que otro. Ahora bien ¿quién es más feliz y cómo puede ser uno más feliz que otro aun en igualdad de circunstancias? Esto es lo que vamos á resolver brevemente.

Del mismo modo que consideramos más perfecto al hombre que más se acerca al supremo ideal de la perfección que Cristo nos propone; así también debemos considerar más feliz al hombre que más se aproxima á la posesión del supremo bien, que es el mismo Dios.

Por otra parte, sabemos que lo que más nos aleja y separa de Dios son las criaturas amadas desordenadamente y las cosas de la tierra á las cuales apegamos nuestro corazón haciendo de ellas fin y no medios para el último fin para el cual hemos sido criados.

Luego cuanto más nos apartemos de las criaturas; cuanto menos apeguemos á esas cosas de la tierra nuestro corazón haciendo de ellos verdaderos medios para el fin y solo usando de ellos en cuanto á ese fin conducen... tanto más felices seremos.

Debemos concluir por consiguiente que la felicidad no consiste en la posesión de las cosas de la tierra, sino en el recto uso de estas cosas que Dios nos ha dado para por medio de ellos poseerlos á El, es decir, en la posesión de Dios en cuanto aquí es posible y que no es de otra manera sino hacienlo su divina voluntad en todas las cosas como la hacen los bienaventurados en el cielo, que es precisamente lo que á ellos hace eternamente felices.

(Continúa.)

CUESTIONES OBRERAS

¿Por qué hay diversidad de condiciones?

No todos pueden ser señores. No todos los tubos de un órgano pueden ser igualmente largos y gruesos, eso nos lo dice la sana razón á cualquiera, aunque no sea organista.

En la desigualdad de los tubos se funda la variedad de los tonos, y de la misma coordinación de los varios tonos nace la armonía.

Asimismo estriba en la variedad de los estados y oficios la concordante armonía de la sociedad humana; y quien no se contenta con su estado, quien no quiere cumplir con los deberes de su posición social, mete injustamente sus manos en el bienestar común, usurpando derechos que no le pertenecen, pues disturba la armonía ordenada por la sana razón y las disposiciones de la divina providencia.

Vaya otro ejemplo!

En el cuerpo humano todos los miembros son diferentes y cada cual tiene su destino propio, según ese destino es formado y puesto en su lugar.

¿Por qué se ve con el ojo y no con la mano? ¿Por qué trabaja la mano y no la cara? ¿Por qué el brazo no está construido tan fuerte como la pierna? Cada uno encontrará á sí mismo, porque la construcción de nuestro cuerpo corresponde con su fin, y por eso Dios lo ha criado así y no de diferente manera.

Igual circunstancia se nota con la variedad de los estados y oficios.

Los hombres somos los miembros de un gran cuerpo, esto es, de la sociedad humana.

Para que exista esta es menester que cada miembro tenga su puesto especial, y la ocupación que más se ajuste á sus condiciones físicas ó intelectuales, á su complejidad y á su ingenio, y cada cual ha de desplegar aquella actividad que más le conviene.

Una mirada á la vida cotidiana nos persuada de esta verdad.

Todos precisamos el pan para nuestro alimento diario. ¿De dónde viene el pan y qué camino recorre para llegar hasta nuestra mesa?

El campo, antes de todo, tiene que cultivar el terreno, arando y sembrando; por fin lo cosecha.

Para la agricultura se precisan varios utensilios de labranza, que no se encuentran por la calle, los que hace el herrero, el tornero, el carpintero y muchos otros.

El trigo además debe ser trillado, molido, amasado, horneado, cocido; luego es necesario que el uno sea pedo de campaña, el otro molido y el tercero panadero.

Además del alimento precisamos vestidos. Para la construcción definitiva de un traje ¿cuántas manos no se precisan? desde pasar de las tijeras de un esquilador de Tacuarembó á Rivera á las tijeras del sastre "Fin del siglo".

¿Qué de viajes no hacen nuestras muy valiosas lanas, hasta que vuelven otra vez en forma de finísimo paño... inglés?

Por ello se precisan capitanes de buques y marineros, fabricantes y sastres.

Así todos los estados y oficios encajan el uno en el otro, como las ruedas de un gigantesca reloj; si deja una rueda de funcionar bien, ya se para toda la máquina.

Bueno, dirás por ventura, consiento que la variedad de los estados es una necesidad, pero ¿por qué he de tocar á mí la mala suerte? ¿por qué no soy yo también un rico fabricante ó cosa igual; por qué me veo limitado á ser un gran pobretón?

Podemos contestarte muchas cosas á esta réplica:

1.ª Esa es la voluntad de Dios; El que es patrón y no siervo de los hombres, distribuye sus bienes entre los que quiere, y según las disposiciones eternas de su infinita sabiduría. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios é impensables sus caminos! ¿Quién entendió la mente del Señor, ó quién fué su consejero? De El y por El y en El son todas las cosas; y á El sea gloria en los siglos!

2.ª Lo que hace Dios está bien hecho, y sirve para mayor bien de los hombres. Tu posición presente es cabalmente aquella, en la cual habrás de hacer tu obra maestra para el gran premio de la eternidad.

3.ª Cada cual tendría el derecho de desear lo mismo que tú desear, y con el cumplimiento de todos esos deseos tendríamos la confusión babilónica en el mundo, donde todos quisieran mandar y ninguno obedecer.

4.ª Puede ser que tú también tengas en algo la culpa de que no ocupes una posición mejor en la vida. Echa una mirada alrededor, á tus compañeros, á tus condiscípulos, á los que han sido criados contigo bajo la misma circunstancia; si dudas encontrarás uno ó otro, que lo gró mejor su fortuna por medio de diligencia, de industria, parsimonia y economía.

Lo que han alcanzado aquellos, quizás hubieras podido alcanzarlo también tú.

Ahora no te queda más que llevar con paciencia la cruz que tu mismo te has fabricado.

Círculos Católicos de Obreros

Central

Socios nuevos.—Propuestos y aceptados en la sesión del 22 de Noviembre:

Nicolas Bachini, por Juan Gaminara y T. Sconi.

Pbro. Juan Gazzano, por Luis P. Lenguas y Tomás G. Camacho.

Juan V. Rodino, por Natalio Quagliotti y Juan R. Mosca.

Vicente Castelgrando, por Domingo Landi y José R. Mazurino.

José Pagés, por Juan Varese y José R. Mazurino.

Carmen Alvarez, por Francisco Ferreyro y Pedro Cuneo.

Maria G. de Luxardo, por Juan Cuneo y Pedro Cuneo.

Maria Luxardo, por Juan Cuneo y Pedro Cuneo.

El doctor Antonio Harn.—Este digno facultativo del Círculo Central se trasladará dentro de poco á una quinta de los alrededores de la ciudad para el restablecimiento de su quebrantada salud.

Por este motivo solo prestará asistencia á los socios del Círculo y sus familias en su consultorio, al que concurrirá diariamente á las horas de consulta de 1 á 3 p. m.

Misa por un socio.—El próximo martes 28 del corriente á las 8 1/2 a. m. se celebrará en la Iglesia Parroquial de la Aguada la misa que el Círculo manda aplicar en sufragio del alma de nuestro finado socio don Pedro Gaminara.

Se invita para dicho acto á la familia y relaciones del finado así como á los socios residentes en la Aguada.

"EL JUEGO"

—Recomenlamos con todo encarecimiento...

—¿El juego?...

—Si, lector amigo, y no te escandalices; el juego que tantos males produce, que tantas ruinas ocasiona, que tantas infamias engendra, que arrastra, que mareja, que enloquece á tantos y á otros tantos empobrecen... el Juego...

—¿El Juego del Obrero?...

—¿Por qué no? ¿No juegan también los obreros?...

—Desgraciadamente también juegan, y en el juego invierten sus ahorros y sudores, que roban á su familia, para entregarlos sin repugnancia á cualquier perdulero desconocido, que los explota y aniquila en pocos segundos!

—¿Deben por lo tanto conocer las leyes que rigen, las probabilidades que tiene, etc., y para dar mayor fuerza á nuestras recomendaciones las extractaremos de fuentes más autorizadas y las distribuiremos en pequeñas dosis para que los lectores las puedan saborear más á gusto y con calma. Recomendamos, pues, á los interesados esta sección y si la leen con atención, ganarán siempre infaliblemente y ganarán muchísimo.

Tiene la palabra un amigo que ya conocen nuestros lectores, Víctor Van Tricht.

Señoras, señores:

Hace tiempo que se me viene excitando y alentando de todas las maneras y con vivísima instancia á tratar de este asunto (del juego) y yo hasta aquí siempre he rehusado, persuadido de que todo discurso es vano, todo razonamiento sin fuerza contra ese mal del alma que, semejante á la lepra, inficiona la sangre é inculca su virus hasta la médula de los huesos.

Si al menos tuviera yo un remedio para ese terrible mal pero no lo tengo. Oreo sinceramente que es incurable. "El que ha jugado, jugará," dice un proverbio, y tiene razón. Se dice igualmente: "El que ha bebido, beberá," y entre ambos refranes hay más estrecho enlace que lo que se piensa. El juego es al espíritu lo que el alcohol es al cuerpo.

Al menos—se me ha instado—si no lograis curar, podreis tal vez prevenir y evitar en algunos esos males terribles.

Y esto me ha seducido...

Si en la pendiente del juego consiguiera detener aunque no fuese más que á un alma, me daría por satisfecho. Y esto no lo creo imposible.

El juego, en efecto, se presta á un estudio interesantísimo y muy rico en conclusiones. Se presta además á un estudio matemático demasado poco conocido de los jugadores, y cuyas conclusiones son eminentemente sugestivas. ¡No creo que sorprendais nunca á un analista jugando al baccarat!

Ahora bien, señores, el hombre que tenga delante de sus ojos, viva, la psicología del jugador, que al mismo tiempo vea las verdaderas probabilidades de ruina á que lo conduce el juego, y que á pesar de todo esto juegue... y juegue la fortuna acumulada por sus antepasados, la fortuna de su mujer y de sus hijos, da su sangre; ese hombre no será ya solamente un loco, un alucinado, un desequilibrado, será un criminal.

¡Ah! Señores, eso mal es uno de los grandes defectos y borrones de nuestra época y de nuestro siglo. Jamás tal vez se ha desencadenado tan furiosamente la pasión del juego. Las leyes le tenían encerrado antes en los círculos privados... y la puerta que á ellos daba entrada parecía muy entornada y bien sujeta. Mas tanto se ha empujado, que se la ha abierto casi de par en par. Cuando los encargados de la justicia han querido volver á cerrarla, se han encontrado jurisperitos tan hábiles, que les han demostrado que no tenían derecho para ello, y que la ley quería que la puerta estuviese abierta de aquella manera.

Y además, no hay en el extranjero, para el juego, palacios enteramente abiertos; en medio de todas las seducciones de un cielo azul, de un mar perfumado, de una naturaleza florida y maravillosamente encantadora?

¿Y no hay también allí garitos?

¿Y no acuden allí familias?

¿Y no es casi de moda en muchas regiones terminar los banquetes con el juego de naipes, hasta el punto de que antes de contestar á la elegante tarjeta de invitación, es preciso calcular de antemano los billetes de banco que habrá que arriesgar en la velada, y hasta el punto de que la señora de la casa, caso imprevisto, pero con el que á veces se cuenta, puede ganar en la misma noche, si está de vena, lo que importa la cuenta del repostero?

Yo no conozco nada más divertido que el juego después del banquete—me declaro no ha mucho un habitado á esas recepciones íntimas; —es raro que una mujer sea buena jugadora. Pierde un billete de 1000 pesetas, ¡hora! ¿Y ver aquellas lágrimas de avarencia!... Y, sin embargo, no poderle decir: ¡No lloré Vd! ¡ah! tengo Vd. sus billetes!

Hace algunos siglos se jugaba en la corte y en los salones de la alta nobleza... ¡Yed hoy al pueblo!... apuestas sobre quien venga en las riñas de gallos, en las carreras de caballos, en las de velocípedos, en el juego de pelota y aún en las cosas más triviales.

El más aneado fruto de todo el trabajo de nuestros pobres obreros corre á perderse en esos dos golfos: la taberna y el garito...

¿Qué digo nuestros trabajadores? Hasta los mismos pobres mendigos...

Delante de mí ventana tengo durante todo el verano el lastimoso y permanente espectáculo de un miserable grupo de pordioseros. Sentados ó tendidos en la acera con los pies desnudos, arrastran su pantalón ó su falda deshilados, su chaqueta ó su chambra desgarradas, llenas de fieses, de agujeros y de plogajos, sucios, impudentes, asquerosos. Allí pasan el día chicos grandullones y chicas creciditas mendicando y pilleando. Y en los intervalos sacan de un bolso secreto un naipe sebo, y repanti gándose cómodamente en el suelo, y mirando de reojo á ver si aparece algún polizón, empiezan á jugar los cuartos que han arrancado á piezas á jugar los cuartos que han arrancado á piezas, se zurren de lo lindo, borboteando á gritos el perdido todo el sonoro repertorio de las cloacas.

Para que semejante lepra inficione hasta tal punto y de un modo general tan espantoso á todas las capas de una sociedad como la nuestra, menester es que halle en la naturaleza humana un terreno apropiado para su desarrollo.

Por esto no es una excusa legítima. Todos los vicios tienen en el corazón humano un terreno fecundo y bien abonado; lo extraño no es que en él broten, lo extraño es que la dignidad y la virtud humana hayan descendido tanto, que este vicio haya podido ser admitido y recibido amistosamente y se le haya dejado tomar tan gran incremento.

Don Francisco Errasquin (q. e. p. d.)

Fuimos tristes y hondamente sorprendidos el 22 de los corrientes por el doloroso anuncio del fallecimiento de nuestro distinguido y particular amigo, cuyo nombre sirve de encabezamiento á estas líneas; subió de punto nuestra sorpresa, y con ella nuestro dolor al leer la comunicación del corresponsal de algún diario, que daba cuenta de cómo se había producido aquella muerte, sin explicación ni comentario de ningún género. Nos resistimos á dar crédito desde un principio á lo que leíamos, é no sor atribuyéndolo á un momento de extravío en sus facultades mentales; nuestros pronósticos se han realizado: ni podíamos explicarlo de otro modo en un hombre de fe arraigada, de corazón recto é intachable honradez, idolatrado de los suyos, querido de cuantos llegaban á tratarle, venerado de todos. Conocíamos su desprendimiento rayano en despreocupación en lo que se relacionaba con los intereses materiales; su cristiana resignación y entereza en las circunstancias azarosas de la vida, y actualmente la marcha próspera de sus asuntos: rodeado de una familia, en la que había concentrado todos los grandes afectos de su alma noble y cristiana, formándola en el molde de los divinos ideales de la Fe, y que era para él toda carino, toda sumisión, que se desvivía por agradarle y derramar en todas sus penas el bálsamo del consuelo; nada en fin que pudiera ni de mil leguas influir en un desenlace de esa naturaleza.

Pedimos explicaciones y esas explicaciones nos lo revelan todo. Una abundante supuración á los ojos que de años aquejaba al amigo que lloramos, y que se había suspendido, determinó una fuerte afección cerebral, causa del estado anormal de sus facultades que de un tiempo á esta parte se venía manifestando y que se pronunció estos últimos días de una manera alarmante para su familia y amigos que le notaban y que lo eximía de la responsabilidad de su acto, pues no se daba cuenta de ellos y á menudo se contradecía—y esto nos lo explica todo: debíamos esta explicación en primer lugar al cariño que nos merecía el señor Errasquin (q. e. p. d.) y su fe y ejemplares virtudes; en segundo lugar á la piedad acen trada de su cristiana familia, que sabe mejor que nadie que á menudo su jefe tan querido é idolatrado no era responsable de sus propias acciones ni se daba cuenta exacta de ellas, y finalmente todos los que lo querían, la sociedad entera que fué sorprendida por la infamada noticia, tan escueta como desconsoladora, pedía una satisfacción que justificara una memoria tan querida, y que nunca creyó culpable; satisficemos además al hacerlo un deber sagrado de gratitud por nuestra parte, pues esta humilde hoja desde su fundación, mereció todo el cariño y protección decidida de ese corazón cuyo amor por la causa del bien fué siempre inviolable, nadie llamó jamás en vano á las puertas de su caridad bien probada y nunca desmentida.

Al pedir á nuestros lectores una plegaria porque el Señor haya acogido en el seno de sus grandes misericordias esa alma noble y generosa, enviamos nuestro más sentido pésame á su distinguida familia que encontrará en su fe y piedad cristiana el consuelo y resignación al inmenso dolor que la embarga.

Es muy natural

Que, al sonar el clarín de guerra y al ver los fieros ataques del enemigo y sus huestes que se organizan, estrechen filas los soldados de la santa causa, y se den la consigna y tiendan su línea de batalla y se congreguen sus jefes, para que el enemigo sienta desde el primer momento resistencia enérgica y uniforme, y se vea obligado á exclamar como los antiguos filisteos: *El arco, esto es, la unión de la alianza y uniformidad irresistible*, está en los campamentos de los hijos de Dios, quien podrá contra ellos? Puede servirnos al respecto la siguiente noticia, á la vez que de satisfacción, de poderoso estímulo para trabajar sin descanso en dicha organización hasta verla florecer y dar sus hermosos frutos en nuestra querida patria. ¿Qué nos falta? ¿No están de por medio las promesas, el amor y la gracia de Dios?

Nos referimos á la *Unión Apostólica* del clero secular que tan magníficos resultados está dando en casi toda Europa, donde se ha extendido rápidamente.

El 20 de Setiembre tuvo lugar en Turin la reunión del grupo piemontés de la Unión Apostólica.

El asistente general de la "Unión" en Italia, Mons. Luis Marini, celebró el Santo Sacrificio en la capilla arzobispal. Cantado que fué el "Veni Creator" los sacerdotes que habían concurrido se reunieron en una sala del palacio arzobispal en número de ochenta.

